MARIA CRISTINA SECCI
Università di Cagliari, Italia
Universidad Autónoma de Madrid, España
mcristinasecci@yahoo.it

La lengua de Jorge Ibargüengoitia y su traducción

Yo prefiero no mover el bote: barroco purísimo

No es mucho lo que se conoce de la vida del escritor mexicano Jorge Ibargüengoitia, a pesar de que sus textos son prolíficos en datos autobiográficos. Nació el 22 de enero de 1928 en Guanajuato. Su primera obra literaria se remonta a los siete años. Ocupaba tres hojas cortadas de un cuaderno, que su madre unió con hilo. Nadie recuerda ni el contenido ni el tipo de letra, pero quienes la vieron concuerdan en que parecía un periódico. En relación con ese primer texto, el autor (Ibargüengoitia, 1988: 204) refiere una anécdota: "Durante varios días, cuando alguien llegaba de visita a la casa y la conversación languidecía, mi madre ordenaba: –Enséñale a Fulanito tu periódico. –Yo obedecía y durante un momento Fulanito les daba vuelta a aquellas tres hojas y comentaba: –Ah, sí mira, es un periódico. –El periódico duró hasta que llegó mi tía Margó a la casa y yo se lo vendí en un centavo".

El renombre de Jorge Ibargüengoitia, cuya trágica muerte —en un accidente de aviación— interrumpió abruptamente su carrera se debe principalmente a sus novelas como *Los relámpagos de agosto*, *Las muertas* o *Los pasos de López*. Su obra dramática constituye una contribución importante a las letras mexicanas y pese a haber permanecido largo tiempo ignorada por los productores teatrales, cuenta con textos muy apreciados como *El Atentado* y *Susana y los jóvenes.*

Es notorio que Jorge Ibargüengoitia tenga lengua rápida y capaz de capturar iluminantes modismos mexicanos o mediocres afirmaciones de provincia. Observa, registra y devuelve el habla mientras toma instantáneas mexicanas sin reservas. Por esta razón son importantes las locuciones, proverbios y dichos populares que emplea el autor en toda su obra. En las solas hojas del cuento *Manos Muertas* (Ibargüengoitia, 1987: 45–52), encontramos: *palo dado, ni dios lo quita*; *hasta al mejor cazador se le va la liebre*; *yo prefiero no mover el bote*. Quien ha estado o vivido en México sabe perfectamente que esto corresponde a una parte importante de la comunicación diaria que sintetiza enteros discursos en la practicidad (universalmente sabia) de un dicho popular, cual que sea su origen. Y sabe que esto no contrasta con aquel *barroco purísimo* que reconoceremos citado por Ibargüengoitia. Mas bien este lenguaje señala un lazo importante con el patrimonio popular y sugiere una cultura densa en palabras. Por ejemplo, en *La casa de Usted y otros viajes* escribe que el primer problema que encontró al llegar a una cierta hacienda fue de comunicación: <En 1948 estaban todavía en uso muchas palabras del siglo XVI –trujo, joyo, jierro– además de otras de origen desconocido y probablemente de intervención local, como "pacencioso" por pachorrudo, "abuja" por aguja, y "abujilla" por bujía y, por ultimo, muchas de importación braceril, como "troca" por camión de redilas, "carapila" por tractor de orugas, "paipa" por tubo de succión, etc.> (Ibargüengoitia 1998: 63). Aunque el vocabulario era en parte del siglo XVI, sigue nuestro autor, el estilo epistolar y de la conversación era, en general, barroco purísimo: <No había carta que no comenzara: "le escribo a Ud. esta carta con el objeto de desearle que al recibirla se encuentre usted gozando de cabal salud, en compañía de su apreciable familia..."> (Ibargüengoitia 1998: 63). Nuestro autor es un gran observador con binoculares que llegan hasta las conjunciones del habla de sus personajes. ¿Pero que podemos decir de su lengua? ¿Si no habla el idioma de aquel rancho cuál habla? ¿Existen características que nos indiquen el de Jorge Ibargüengoitia como español americano en la variante mexicana?

El escritor e intelectual mexicano Carlos Montemayor en un comentario propuesto durante la presentación del índice de mexicanismos para el diccionario de la Real Academia de España, afirmaba que hablar de mexicanismos o de bolivianismos, andalucismos, peruanismos es una forma de referirse a la riqueza, ductilidad y transformación de la lengua a nivel léxico, semántico, sintáctico e incluso fonético. El idioma español es una de las lenguas más complejas tratándose de una gran cantidad de variantes sobre una innegable (aunque relativa) heterogeneidad. Son propiamente aquellas características y diferencias que nos recuerdan su inmensa extensión y subrayan la fortuna del español también en el continente americano. Por esta razón se propone un breve análisis de esas características, como reflexión obligada para poder gozar de la riqueza del léxico elegido y empleado por Jorge Ibargüengoitia. Aunque no haya importantes estudios en tal sentido que puedan contribuir a conceder una visión más amplia sobre su lengua, el presente apunte es resultado de la actividad de traducción de los cuentos *La Ley de Herodes*[i].

José Moreno Alba en *Notas sobre el español mexicano en* Los Relámpagos de Agosto *de Jorge Ibargüengoitia* se pregunta si el autor emplea un español predominantemente estándar o pretenda reflejar el español mexicano, entendiendo por estándar como no marcado desde el punto de vista diastrático ni tampoco diatópico. Expone la dificultad a responder a su misma pregunta por el hecho de que en el citado texto *Los Relámpagos de Agosto* el autor da voz a un general revolucionario mexicano, José Guadalupe Arroyo, que vive en las primeras décadas del siglo pasado: <Para que su personaje principal resulte literariamente confiable, el autor tiene que poner en su texto algunos rasgos lingüísticos que lo identifiquen como hablante mexicano y no sólo eso, sino come un ex general revolucionario mexicano> (Moreno de Alba, 2002: 295-296). A veces propiamente este hecho puede justificar la presencia de una sintaxis no precisamente ortodoxa con el fin de señalar voluntariamente una caracterización de un personaje o cierta habla mexicana. O hasta –considera Moreno de Alba– se podría admitir algún lapsus del autor como en el fragmento: < ¿Por qué entre tantos generales que *habíamos* entonces en el Ejército Nacional había González de escogerme a mí para Secretario Particular?> aunque no parezca la ideal lectura del fenómeno también considerando las formas cultas y hasta inusuales como *vinimos* (Moreno de Alba,

2002: 297). ¿Entonces, cuáles son los indicadores de español americano y en el específico mexicano en Ibargüengoitia y qué tipo de búsqueda se tiene que hacer al respecto?

Español en América: ¿Qué quieren?

Grandes investigadores y académicos de la lengua se han ocupado del tema del español americano. Rafael Lapesa dice que, aunque no existe uniformidad lingüística en Hispanoamérica, no solo se puede hablar de comunidad general sino que sus variedades son menos discordantes entre sí que los dialectismos peninsulares. Admite también que el estudio del <español de América está erizado de problemas cuya aclaración total no será posible sin conocer detalladamente, además de la procedencia regional de los conquistadores y primeros colonos de cada país –hoy explorada en buena parte–, su definitivo asentamiento, sus relaciones con los indios, el desarrollo del mestizaje, las inmigraciones posteriores y la acción de la cultura y de la administración durante el periodo colonial y el siglo XIX> (Lapesa, 1981: 535-536). Interesante la posición de Enrique Obediente Sosa, quien busca juntar los hilos rojos que se han tejido acerca de la polémica sobre el español americano, explicando que actualmente todos los investigadores sobre el tema están de acuerdo en que no existe un español *de* América sino múltiples variedades de español *en* América. Resuelve así la discusión alrededor del uso de una u otra preposición y afirma estar de acuerdo en seguir hablando de 'español de América' si este *de* tiene un valor espacial: <con ello se estaría significando una modalidad geográfica del idioma español; si, por el contrario, *de* tiene un valor privativo o exclusivo, no podemos aceptarlo, porque solo hay *un* español, *una lengua* española, con tantas variedades o dialectos como regiones y grupos sociales hispanohablantes> (Obediente Sosa, 2000: 431-433).

Es importante citar los principales fenómenos. Sabemos que toda América es zona de seseo, por la cual cosa el sistema consonántico hispanoamericano carece del fonema interdental /θ/. Esta realmente es la única diferencia fonemática de carácter general existente entre el español americano y la norma castellana (Obediente Sosa, 2000: 437). También podemos señalar que la mayoría de los dialectos americanos son *yeístas*: no tienen el fonema lateral palatal /λ/, confundiéndolo con el fricativo /J/ volviendo palabras como *calló* y *cayó* homófonas. Otro fenómeno es el llamado *žeísmo* que implica la existencia en algunas áreas de un segmento fricativo prepalatal y se ha vuelto el caracterizador, para el hablante común, del español rioplatense (Obediente Sosa, 2000: 437). Gramaticalmente podemos citar una importante diferencia entre el español peninsular y americano que es la ausencia de la segunda persona plural *vosotros* y de las formas verbales y pronominales correspondientes, sustituida por *ustedes*. Este fenómeno se puede rescontrar también en Andalucía, donde igualmente *ustedes* funciona como plural tanto de *usted* que de *tú*. Obediente Sosa señala que el sistema pronominal para la segunda persona es distinto de la norma estándar castellana (NEC) (Obediente Sosa, 2000: 441):

NEC		América	
sg.	pl.	sg.	pl.
tú	vosotros	tú	ustedes
usted	ustedes	usted	ustedes

De los cuentos traducidos podemos tomar como claro ejemplo un fragmento de *Manos Muertas* donde el protagonista lleva a unos amigos a enseñarles un terreno que había comprado y cuando se acerca a una barricada dice: <Estábamos saltándola, cuando apareció una mujer harapienta. ¿Qué *quieren*? ¿Como que queremos? > (Ibargüengoitia, 1987: 48).

También, en América se señala en muchas regiones el mantenimiento del pronombre personal *vos* como forma de tratamiento informal, que según algunos dialectólogos el fenómeno se considera como arcaísmo (es muy curioso hablar como arcaísmo de un fenómeno tan vivo y actual). Se trata de una forma que de respeto y distancia pasó, en los siglos XVI y XVII, a ser utilizado para dirigirse a inferiores. Pero cuando llegó a América fue adoptado, en su anterior acepción, por los conquistadores que querían repetir las formas de cortesía típicas de la aristocracia española. El fenómeno del voseo, característico de la Región de Río de la Plata, en México se da solo en algunas zonas de Chiapas y de Tabasco, que no están involucradas con nuestro autor.

Otra forma típica del español de América puede ser el cambio de género: *el sartén* por *la sartén* o la formación de ciertos derivados como *balacera*. Además en América es prácticamente nulo el uso de ciertos sufijos para diminutivo {–illo., –ete, –ín} y formas como *librillo*, *pobrete*, *pequeñín* suenan extrañas a los hispanoamericanos (Obediente Sosa, 2000: 445) aunque en el habla cotidiano es muy común el uso de diminutivos como en el caso de la protagonista del cuento que dio el titulo a la recopilación *La Ley de Herodes*: *Sarita*.

Otra característica que se puede citar en Ibargüengoitia el uso pronominal de determinados verbos intransitivos o transitivos, a veces con un claro valor de dativo ético come *te robaste*, se *nos murió*, *te nos vas* (Moreno de Alba, 2002: 297). En el caso *La Ley de Herodes* podemos citar brevemente el principio de *El Episodio cinematográfico*: <Una noche *me salí* de su casa [...] olvidando, o mejor dicho, fingiendo olvidar, la cabeza etrusca que ella me había regalado> (Ibargüengoitia, 1987: 9). Otra tendencia es la preferencia del empleo de perífrasis para indicar el futuro: ir a + infinitivo en detrimento de la forma sintética –ré y siempre en el mismo cuento podemos recordar: < [...] por qué no me *iba* yo a mi casa *a hacer* un argumento para Arturo de Córdova?> (Ibargüengoitia, 1987: 11).

Por cuanto concierne la sintaxis se señala la ilógica pluralización del pronombre *lo* (objeto directo) cuando va acompañado de un *se* (objeto indirecto plural): 'se los dije' por 'se lo dije', por la necesidad que siente el hablante de llevar a superficie una marca de plural ausente en el pronombre *se* que, dice Obediente Sosa, deje patente que el objeto indirecto está constituido por varias personas (Obediente Sosa, 2000: 446). También otro hecho notorio es la anteposición del posesivo en construcciones vocativos ('¡Escúchame, mi cariño!'), la del pronombre

sujeto en las oraciones interrogativas (¿Y qué tú quieres?) y la del pronombre sujeto de infinitivo ('Damelo para yo tenerlo). Una similar posición del pronombre se puede encontrar por ejemplo siempre en *Manos Muertas*: <Me está *usted* invadiendo> (Ibargüengoitia, 1987:51). Señala Moreno de Alba además el uso de las preposiciones *de* y *a* en frases como: <el desgraciado *de* Vidal Sánchez> o <los billetes de *a* dos pesos> (Moreno de Alba, 2002: 298).

Muchas son las características léxicas que distinguen el habla peninsular de aquello americano siendo el léxico, como dice Obediente Sosa, el componente más 'superficial' y móvil de toda lengua (Obediente Sosa, 2000: 447). Es evidente que mundos tan diferentes, por paisajes y cultura, busquen representar y ordenar el mundo de forma diferente. Este aspecto vuelve el español una lengua que sabe abrazar un mundo muy amplio y para nada atenta contra su unidad. Podemos hacer algunos pocos ejemplos también en el léxico ibarguengoitiano encontrados durante la traducción de *La Ley de Herodes*: *chimuelo*, en México es quien carece de uno o mas dientes; *charro*, 'jinete' o 'caballista que viste traje especial compuesto de chaqueta corta y pantalón ajustado, camisa blanca y sombrero de ala ancha y alta copa cónica'; *jalón*, que en América significa 'tirón'; *dizque*, un adverbio que tiene el sentido de 'al parecer', 'presuntamente'; *hule*, para decir 'goma' o simplemente 'billete' en el sentido de billete de banco y *camión* en el sentido de 'autobús'. *Pantaletas* (voz que no resulta consignada en el RAE), *excusado* en el sentido de 'WC' o también *mecate* del náhuatl, 'cordel' o 'cuerda de pita'. También, son frecuentes en nuestro autor los insertos en otros idiomas, sea inglés que italiano o francés: *intershots*, *couch*, *chemises* y hasta en latín *ad nauseam*. Siempre evidenciados con cursiva: *Ah, che la vita è bella!*

Podemos además señalar los topónimos y los nombres propios de persona como importantes mexicanismos en Ibargüengoitia, que a veces resultan tan improbables de repetir aquella forma tan mexicana de jugar con apodos: *Amadís de Gaula* o *Pituka de Foronda* (Ibargüengoitia, 1987: 11). En el caso de la *Ley de Herodes* por ejemplo a veces nombres como Angela Darley o Feliza Gross (Ibargüengoitia, 1987: 9) pueden sugerir irónicamente aquella línea de confín entre México y Estados Unidos que favorece el intercambio (más hacia un lado) de nombres y apellidos. Son personajes que infunden cierto respeto en el protagonista en ámbito de trabajo o hasta sentimental. ¿Que podemos esperar de un *Uruchurtu* sino que tenga *mala voluntad* (Ibargüengoitia, 1987: 49), o de un notario que se llame *Malancón* sino que da lectura a *una turbia historia jurídica* (Ibargüengoitia, 1987: 47)?

También se puede considerar en esta categoría las razones sociales o los nombres de lugares, bares, restaurantes, a veces resultado de la fantasía del autor que reproduce un nombre según eco que suene como mexicano. Otras veces se hace burla de instituciones como en el caso del *Banco de Auxilio Agropecuario* (Ibargüengoitia, 1987: 10) o una imponente *Fundación Katz* (Ibargüengoitia, 1987: 17) o sugiere lugares indudablemente aptos para tomar decisiones importantes como *La Flor de México* (Ibargüengoitia, 1987: 51).

Podemos aceptar la conclusión de Moreno de Alba quien observa que el abuso de mexicanismo o seudo mexicanismos en la novela habría restado autenticidad así como la ausencia absoluta de mexicanismos habría tenido el mismo efecto. El estudioso aprecia en cambio la proporción en el empleo por parte del autor de algunos elementos característicos del español mexicano, destacadamente léxicos: <En otras palabras, el español de esa novela es ciertamente el mexicano, pero no debe olvidarse que entre éste y el español estándar, no hay, no puede haber diferencias notables, habida cuenta de la centenaria tendencia de la lengua española hacia la unidad esencial, aunque conservando –sobre todo en la fonética y en el vocabulario– la personalidad propia de sus diversos dialectos> (Moreno de Alba, 2002: 302).

Hay quien dice que traducir hace juego con traicionar. Pero cualquier traición tiene como antecedente un amor o una pasión y puede abrir el paso al volver atrás. La conclusión es la complacencia de la lectura y traducción de un texto capaz de atrapar el EDN de México. Pero sería imperdonable concluir sin el humor en Ibargüengoitia, un autor frecuentemente calificado como irónico o sarcástico –pese a que siempre rechazó dichas denominaciones–, por el toque de humor desenfadado y certero con que se dedicó a desmitificar a los héroes nacionales y a denunciar las inconsistencias del sistema político mexicano: "Me fui corriendo al diccionario. 'Chute', lo que siempre me falla, es más o menos "un pensamiento afortunado en que termina una pequeña composición en verso". En buenas palabras, el final" (Ibargüengoitia 1988: 125).

Bibliografia

IBARGÜENGOITIA, JORGE (1987): *La ley de Herodes*, México, Joaquín Mortiz.
IBARGÜENGOITIA, JORGE (1988): *Autopsias rápidas,* México, Vuelta.
IBARGÜENGOITIA JORGE (1998): *La casa de Usted y otros viajes*, México, Joaquín Mortiz.
LAPESA, RAFAEL (1981) *Historia de la lengua española*, Editorial Gredos, Madrid.
MONTEMAYOR, CARLOS (1997): *Idiomas bajo acoso*, en La Jornada, 9 de abril, México.
MORENO DE ALBA, JOSÉ G. "Notas sobre el español mexicano en *Los Relámpagos de Agosto* de Jorge Ibargüengoitia" en Villoro, Juan y Víctor Díaz Arciniega [coordinadores], *Jorge Ibargüengoitia, El atentado, Los relámpagos de agosto* (edición crítica), Nanterre Cedex (Francia), ALLCA XX, p. 295-302.

[i] **Traducción al italiano de "Manos muertas" de Jorge Ibargüengoitia**

Città del Messico, crescendo, si è ingoiata, come un cancro, i paesi che gli stavano attorno. Uno di questi è Coyotlán, che rimane a sud. Sin dal tempo dei conquistatori è stato un paese di lusso. Ancora oggi ha la piazza d'armi, un convento del XVI secolo, strade alberate, case coloniali abitate da ricconi, vista sulla Sierra, aria pura, acqua abbondante, ecc.

In una delle strade principali avevano buttato giù una grande casa e diviso in lotti il terreno. Avevano conservato una parte della facciata e ci avevano appeso un cartello che diceva: "SI VENDONO TERRENI. LO COMUNICA IL DOTTOR GORGONZOLA".

La sala d'attesa dell'ambulatorio di Gorgonzola era un andito scuro pieno di suore malate. Ci passai mezz'ora guardando un diagramma dell'apparato digestivo, in attesa che il Dottore mi ricevesse. Quando entrai nel suo studio lo trovai in maniche di camicia, seduto davanti ad una scrivania. Gli dissi che volevo comprare un terreno e lui mi indicò con il dito, come se mi stesse riconoscendo in quel momento.
– Lei ha studiato con i Padri Mariani.
Non potei negarlo. Gorgonzola si alzò dalla sua poltrona e mi abbracciò.
– Siamo inconfondibili!
Era un bambinone di cinquant'anni. Mi dava pacche sulle spalle ed aveva i capelli radi, ma biondi, occhi iniettati di sangue, ma azzurri, e una gran pappagorgia.
Si diresse verso un armadio e tirò fuori una pianta dei terreni, mentre diceva:
– Questi terreni non sono miei. Mi occupo della vendita per fare un favore alla Compagnia di Gesù.
Mi spiegò che i terreni erano beni di Mani Morte. La vendita sarebbe stata anticostituzionale, però molto devota. Nella casa che avevano abbattuto per creare la lottizzazione c'era prima una scuola di francescani; quando i gesuiti restituirono ai francescani la chiesa di San Francesco che sta su Madero, i francescani dovettero consegnare ai gesuiti, in cambio, varie proprietà, tra cui la casa in questione. Siccome i gesuiti non volevano né case né scuole ma soldi per opere pie, Gorgonzola, che era molto cattolico, si era offerto di fare la divisione in lotti e di venderli.
Andammo a vedere i terreni.
– Ciò che lei pagherà per questo terreno sarà una bazzecola. Per creare il frazionamento i gesuiti hanno dovuto mettere drenaggi, elettricità e fare una strada che si è dovuta regalare a Città del Messico. Lei crede che sia giusto?
Allora mi resi conto che Gorgonzola non era agente solo per amore dell'arte o della Compagnia di Gesù: a un lato della strada che "si dovette regalare a Città del Messico", Gorzonzola aveva un mega terreno che aveva comprato a bassissimo costo perché risultava chiuso in un isolato ed il cui valore, grazie alle opere realizzate dalla Compagni di Gesù, era aumentato di tre o quattro volte.
– L'idea di fare questa lottizzazione fu mia – mi confessò – Comprai una frazione di terreno dove c'erano due alberi che mi piacevano.
– Lei ha comprato il miglior terreno del Messico – mi disse Gorgonzola quando chiudemmo l'accordo.
La firma del contratto fu una cerimonia abbastanza confusa. Siccome gli ordini religiosi non hanno diritto ad avere proprietà e ciò nonostante le hanno, ogni ordine nomina come depositario una persona di nota onorabilità e cattolicesimo a prova di bomba. La funzione del depositario consiste nel compiere una frode ai danni della nazione fingendosi proprietario di qualcosa che è dell'ordine.
Il notaio Malacón diede lettura alla torbida storia giuridica del terreno: la signora Dolores Cimarrón del Llano (vale a dire, i francescani) aveva venduto (ossia, permutato) al signor Pedro Gongoria Acebez (vale a dire, i gesuiti) il terreno del quale io adesso compravo una frazione. Firmammo il contratto l'ingegnere industriale Xavier Barajas Angélico, in nome del prestanome del prestanome dei gesuiti ed io, in nome mio.
Il signor Barajas Angélico dovette fare uno sforzo, al firmare, per non aggiungere una S.J. alla fine del suo cognome; io gli consegnai un assegno di quarantamila pesos e lui a me, una ricevuta di dodicimila pesos, con il quale venne consumata la frode al fisco che fece che il contratto risultasse economicissimo. Alla fine dell'atto, ci stringemmo la mano, Malancón, Barajas Angélico che sbadatamente me la offrì affinché la baciassi, Gorgonzola, che era molto soddisfatto, ed io.
Passarono vari anni, alla fine dei quali ebbi il denaro per costruire, andai dal mio architetto e da alcuni amici per mostrare loro il terreno. Era tutto uguale; la facciata della casa antica aveva lo stesso cartello che diceva "SI VENDENO TERRENI...", gli alberi stavano in piedi, ecc.; però l'entrata della strada che "si dovette regalare a Città del Messico" era chiusa da una staccionata. Stavamo per saltarla, quando apparve una donna cenciosa:
– Cosa volete?
– Come cosa vogliamo? – chiesi balbettando – Quel terreno che sta lì è mio.
– Non è vero. Questi terreni sono del dottor Gorgonzola.
Mi imbestialii.
– Quindi sarebbero del dottor Gorgonzola? Vorrei vederlo quello lì per dirgliene quattro.
In quel momento arrivò il suddetto a bordo di una Volkswagen.
– Dica a questa signora chi sono io – gli dissi.
Però Gorgonzola non mi riconobbe, a prescindere dall'impronta inconfondibile che hanno gli ex alunni dei mariani.
– Non lasci entrare nessuno!– gridò alla donna, e se ne andò.
Non sapevo cosa fare. Decisi di ignorare la donna, e facendo da cicerone, condussi i miei amici al terreno. Mentre dicevo loro "questo è il mio terreno" la donna cominciò a tirarci pietre.
Il giorno seguente, accadde qualcosa di peggio; il mio architetto andò al Dipartimento di Città del Messico a chiedere l'autorizzazione per la costruzione e rientrò paonazzo.
Dicono al Dipartimento che quel lotto di terreno non esiste.
Andai all'ambulatorio del dottor Gorgonzola.
– Sono la persona che ha comprato un terreno due anni fa– iniziai a dire mentre entravo.
Non servì a nulla, perché Gorgonzola stava parlando al telefono e non mi fece caso.
– Le ho già detto che non posso –diceva Gorgonzola al telefono– Non sono in grado. Mi faccia il favore di non disturbarmi più– e riattaccò –In cosa posso esserle utile?
– Sono la persona che... ecc.
– Ah! Io non ho più nulla a che vedere con quei terreni.
Tralasciai il fatto che il giorno prima lui avesse ordinato alla donna cenciosa che non mi lasciasse entrare nei suoi terreni e gli dissi che al Dipartimento di Città del Messico non volevamo darmi il permesso per costruire.
– È che Uruchurtu non ci vuole aiutare – non mi spiegò chi fossero questi 'noi', se la Compagnia di Gesù e lui, lui ed io o tutti e tre. – Non ha voluto approvare il frazionamento. Sono già stati presentati tutti i documenti. Solo manca una firma. Però Lei non si preoccupi, amico, costruisca; con o senza licenza.
Si alzò dalla poltrona, mi prese per il braccio, uscimmo dall'ambulatorio e andammo a piedi ai terreni. La donna cenciosa ci salutò rispettosamente. Passammo lungo il mio terreno e arrivammo al suo, su cui stavano costruendo una clinica, stile coloniale, senza licenza.
– Guardi. Cosa fatta capo ha.
Salutai Gorgonzola senza aver ottenuto nulla e andai allo studio di Barajas Angélico.

Gli uffici della Compagnia Industriale Metropolitana, che è un'organizzazione fantasma per manovrare i beni dei gesuiti, erano ampi e ben ammobiliati. C'erano otto scrivanie e un gesuita vestito di beige. Mi avvicinai a lui e chiesi di Barajas Angélico
– Non è più in Messico – mi disse in tono di commiserazione; doveva aver capito che ero venuto a confessarmi.
– Quella lottizzazione ci ha dato tanti dolori di testa!
Aprì un cassetto della sua scrivania e tirò fuori dei documenti. Li controllammo per più di un'ora. Lì c'erano i conti di quanto era costato il drenaggio, l'illuminazione, la pavimentazione e una ricevuta "buono per una strada", firmato dal "Dottore". Uruchurtu non aveva approvato il frazionamento, però in cambio, aveva accettato e ricevuto la strada che fu necessario regalare a Città del Messico.
Per ottenere la licenza di costruzione, bastò fare un cambio nella richiesta e dire che il terreno stava in tale strada invece che essere parte di tale frazionamento. Uruchurtu aveva un cuore di pietra però fortunatamente anche al miglior cacciatore scappa una lepre. Il successivo problema consisteva nel determinare il vero nome della strada. La scrittura e la ricevuta firmata dal "Dottore" dicevano Calle de Reforma Norte, le bollette dell'acqua Cerrada de Reforma e all'angolo diceva Reforma, semplicemente così.
– Quella strada non esiste – mi disse l'Amministratore delle Poste, quando andai a chiedergli la sua opinione.
Mi spiegò che a Coyotlán c'erano tre strade di Reforma senza relazione tra di loro, però che nessuna corrispondeva al luogo dove io dicevo di aver comprato un terreno. Sono passati dieci anni e ancora non si sa con certezza scientifica come si chiama la strada dove vivo. Il nome di Reforma, invece, ha continuato a propagarsi in quella direzione; adesso ci sono già due vie Reforma in più; una nella Colonia Atlantida e un'altra nella Clavos de Cristo, che sono nuove. Questo senza considerare il nuovo prolungamento del Paseo de la Reforma, che rimane al centro della città e che è, in realtà, l'autentica via Reforma, essendo le altre mere imitazioni.
Quando il mio architetto stava segnando i confini del terreno, si presentò il Signor Bobadilla, che vestiva all'inglese e guidava una Ford 47. Disse che era padrone del terreno a lato.
– Lei mi sta invadendo
Tirò fuori una pianta e un metro e dimostrò che, in effetti, lo stavamo invadendo. Il mio architetto dovette cambiare i limiti del mio terreno.
Una mattina, andai a vedere la costruzione e mi resi conto che uno dei corridoi che stava nella pianta non appariva nella realtà.
– È che non ci sta – mi disse l'architetto.
Questo mistero rimase insoluto sino a che Pepe Manzanares costruì sul suo terreno, che confinava con quello di Bobadilla e con il mio. Un giorno si presentò Bobadilla nella sua Ford 47, vestito all'inglese, con una pianta e un metro e obbligò Manzanares a buttar giù una siepe.
– Mi manca terreno – disse Manzanares, credendo che glielo avessi rubato io.
– Che coincidenza – gli risposi –Anche a me manca un corridoio.
Manzanares, Bobadilla ed io, ci dirigemmo rispettosamente al Dipartimento di Città del Messico chiedendo una revisione catastale.
Fu tutta una rivelazione. La strada, il prolungamento o vicolo Reforma, era stata disegnata sui piani con una direzione e tracciata sul terreno con un'altra. Di conseguenza, Manzanares aveva perso venti metri, io ne avevo perso cinquanta e avevo costruito un cesso nel terreno del mio vicino del lato nord, il quale a sua volta aveva perso cento metri. E così via di seguito. In cambio, Gorgonzola che stava dall'altra parte della strada, aveva guadagnato cinquecento metri.
Manzanares, Bobadilla ed io ci riunimmo a La Flor de México per decidere come procedere. C'erano tre cose da fare: primo, denunciare la Compagnia di Gesù per averci fatto pagare più metri di quelli che ci aveva consegnato; secondo, denunciare Città del Messico perché una strada, vicolo o prolungamento stava invadendo i nostri terreni; terzo, denunciare Gorgonzola per frode e abuso di fiducia. La situazione era delicata, perché la Compagnia di Gesù ci avrebbe liquidato i metri che ci mancavano secondo il prezzo stipulato nelle scritture, che era la quarta parte di quanto avevamo pagato noi e la decima di quello che in realtà valevano.
–Meglio non disturbare il can che dorme– disse Bobadilla–, perché ho comprato il terreno al nipote di un gesuita che mi fece un documento su un tovagliolo di carta.
D'altra parte, non avevamo prove per accusare Gorgonzola, chi dopo tutto, nessuno aveva visto corrompere un muratore affinché facesse una strada storta. Optammo per dirigerci, rispettosamente, al Dipartimento di Città del Messico chiedendo giustizia, con l'intenzione che il Dipartimento si scagliasse contro Gorgonzola. Il Dipartimento ci rese giustizia nella seguente maniera: a) si fece una nuova revisione catastale e venne dato carattere di fatto compiuto al crimine dei metri persi; b) vennero valutate le nostre proprietà, aumentati i nostri contributi e venimmo multati per occultazione di beni; c) fummo avvisati che il "Dottore non voleva più sentir parlare della questione".
Questo ci accadde per comprare beni da Mani Morte. L'unica soddisfazione che mi rimane è che Gorgonzola non poté mai terminare la sua clinica. Sta ancora lì; è una rovina incompiuta, in mezzo ad un'immensa distesa abbandonata.